increado, á creartodo lo que existe en el mundo. ¿Tendremos necesidad de explicaciones para estos nombres? Oro recuerda el Oro egipcio. Es el bero eúskaro, sin la b eufónica y el cambio de vocal. Hin-a es la espiración con el artículo. Tane es at-an, el Tina etrusco, como veremos; y Raitubu forma corrompida que debió ser: Er-at-ab. Estos cambios de vocal ó conversión de diptongos son naturales en alguno de los infinitos dialectos perdidos para nosotros. Si Gausin no hubiera probado que los polinesios son de origen asiático, se probaría lo mismo su comunidad de origen por sus tradiciones. Oro es el sol dios que hace verter llanto á los naturales, como á las mujeres de Byblos, cuando se aleja ó se hunde en el mar, y que alegra con su salida en los equinocios de otoño y primavera.

Mœrenhout dió á conocer una porción de cosas, que Wallis y otros, después de haber pasado largas temporadas en estas islas, no llegaron á conocer: su nobleza, los areois, los bardos, los harepos, los misterios, y el canto cósmico de Taaroa: «El era; Taaroa era su nombre y residía en el vacío; nada de tierra, de cielo, ni de hombres; Taaroa llama, pero nadie le responde, y existiendo sólo, se cambia en el universo. Los ejes son Taaroa, las arenas son Taaroa, las rocas son Taaroa. Así se ha nombrado él mismo. Taaroa es la claridad, Taaroa es el germen, Taaroa es la base, Taaroa eslo incomprensible, lo incorruptible, lo fuerte que creó el universo, el universo grande y sagrado que no es sino la cáscara de Taaroa.»

Taaroa no puede ser, siendo un dios creador, sino Ta-er-oa, en el origen.

Los principales dioses de los vientos en Polinesia son, según Ellis: *Veromatautoru* y *Taribu*, hermano y hermana de los hijos de *Taaroa*. Son ellos los que desencadenan las tempestades, y cuando los habitantes de una isla temen la invasión de los otros isleños, enemigos suyos, hacen grandes ofrendas á estos dioses para que susciten una tempestad que les destruya con su flota. En Vero-mat-aut-oru, se nota una reduplicación de la espiración at-at, y oru en vez de ero, con una reminiscencia de la espiración am en la m interpuesta. La forma primitiva fué seguramente el bero seguido de las diversas especies de soplos ó espíritus. Taribu y Taaroa son variedades de la misma forma: at-ero; conservando el primero la espiración ab, al fin, y el segundo el artículo a, como en bero-a, el calor. No puede darse más exactitud en nombres que atravesaron tantas razas y tantos siglos.

El Dios del cielo para los kanchadalos es *Billukaí* que desciende á la tierra y arrastra su trineo sobre la nieve levantando grandes montones que marcan las huellas de su paso (1). Si se suaviza la espiración final y se convierten normalmente la u en o, y la ll en r, tendremos que *Billukai* fué en un principio *Bero-jai*.

Los hurones de la América del Norte tienen por Dios del cielo á Aronhiaté, con un recuerdo de la importancia religiosa del fuego. Así, cuando arrojaban tabaco en las llamas para ofrecer un sacrificio, esclamaban: «Aronhiaté recibe mi sacrificio, ten piedad de mi, ven en mi ayuda.» Aronhiaté significa el cielo visible entre ellos. Esta transformación, de espíritu personal en cielo material, se observa en muchos pueblos. Lo mismo sucedió con el Tien chino y el Jovis romano. De ahí la expresión latina: Sub Jove frigido. Es una consecuencia de la animación del todo, pero el cielo estrellado y azul seguía siendo la residencia del espíritu personal que oía y veía.

<sup>(1)</sup> Steller, Kamschaka, pág. 266.

También el cielo representa la divinidad suprema de los iroqueses, Taronhiawagon. Desde luégo se ve que Aronhiaté y Taronhiawagon son una misma cosa. En este último, las espiradas guturales están reduplicadas, pero siempre quedan, en los dos, las primitivas formas, ero-an, contraidas eron ó aron, con la t eufónica el segundo. Una prueba de que ellos tienen el cielo por un Dios personal, es esta fórmula que emplean cuando concluyen un tratado importante: «El cielo entiende lo que nosotros hacemos hoy.» El cielo es, pues, el gran espíritu que habita el cielo, el Señor del cielo.

En una leyenda de los zulos que se refiere á una princesa cautiva en el país de los semi-dioses, quejándose ella del mal trato que le dan, se dirige al cielo en estas palabras: «Escucha ó cielo! préstame tu atención ó Mayoya! escucha ó cielo!» Vése también en Mayoya la reunión de las aspiraciones: am-ya-ya.

En el Aquapin, Africa occidental, Yankupong es á la vez el Dios Supremo y el tiempo; pero obsérvese que fácilmente puede una misma divinidad adquirir ó perder un elemento en su nombre y diferentes atributos; entre los naturales de Oji que forman cuerpo de nación en Costa de oro, el gran espíritu, Nyamkupon, no sólo es la bóveda celeste (sorro), sino también la lluvia y el trueno.

Claro es que el Yankupong del Aquapin y el Nyankupon de Oji son uno mismo, pero nos presentan un ejemplo de los cambios que la índole de las lenguas y la asociación de ideas pueden operar en pueblos vecinos y de una misma raza. Por lo demás, el nombre de este Dios sigue la misma ley ineludible: Yam-ja ó juvan ó von; continuamente las mismas espiradas que hemos estudiado en griego y en hebreo. La N inicial del segundo, tiene que ser, pues, ó eufónica por exi-

gencia de la lengua, ó resto de la primitiva espiración an, suprimida en el de Aquapin; no hay medio.

Este país de la costa de Oro nos ofrece un estado de espíritu idéntico al de los primeros tiempos. Toda la naturaleza está animada por espíritus bienhechores ó malhechores que habitan bosques y praderas, montes y valles. Los aires y las aguas están llenos de ellos. Son los semi-dioses, que se llaman los Edrô, protectores de los hombres, de las familias y tribus, obedientes á las órdenes del dios supremo Mawu. Ved en el nombre de los Edrô: ad-ero, contracción Adro, Edro; y en Mawu: Am, ab ó ag, el cumplimiento de la misma ley (1).

Entre los khondos, la multitud infinita de dioses locales abraza el mundo entero, pero todos están sometidos al dios del sol, al creador, Boora, Bello-Pennu, y á su mujer, la diosa de la tierra, Tari-Pennu. Boora y Tari no necesitan explicación apenas: Ab-er, At-er; respecto á Pennu, sólo diremos que es el Panu finlandés y la Venus latina de que hablaremos luégo, es decir, la espiración, van, ven ó pen; siendo las finales â, í, u, de los tres nombres, variantes de un artículo primitivo como el á eúskaro ó el us latino.

Los kols de Bengala tienen un dios supremo, Marang-Buru, que reside en una gran montaña y dispone de la lluvia. Las mujeres suben á la cima llevando ofrendas de leche y hojas de betel, y allí, de rodillas, suplican al dios que haga llover sobre sus mieses. Después, acompañadas del ruido de los tamboriles, y en medio de gestos y contorsiones salvajes, todas desgreñadas, dan principio á un baile, que llaman Kurum, sobre la roca, hasta que Marang-Buru responde á sus ruegos con un trueno lejano ó con algunas go-

<sup>(1)</sup> Smithsoniam Contrib., vol. I, pág. 16, Ioruba Lang.

tas de lluvia, en cuyo caso vuelven á sus hogares felicitándose de haber sido escuchadas. La particularidad de estar consagrada al dios la más alta colina de la meseta del Lodmah ó de ser considerada como su morada predilecta en el país de Chota-Nagpur, da motivo á creer que la segunda parte de su nombre, Buru, signifique en este caso cabeza ó cumbre, la parte más alta de una cosa, como sucede en el eúskaro, en cuyo caso el nombre de Dios será Marang tan sólo; donde podemos leer: Am, er, an, siendo la g final residuo de alguna otra aspirada gutural. El monte, pues, no sería otra cosa en un principio que la cumbre ó la cima de Merang, habiendo llegado con el tiempo á identificarse el dios con la montaña y á dársele todo el nombre junto. Y no parezca extraño encontrar esta palabra Buru, tan perfectamente conservada en Bengala, porque hay allí una porción de palabras, cuya adecuada significación prueba, como esta, que hubo en el centro de Asia un primitivo centro de formación eúskaro. En todo caso, bien puede ser el mismo bero con cambio de vocales.

En los Manaos de la América meridional encontramos, de bueno y mal espíritu, á *Mauari* y *Saraua*, es decir: *Am-av-er*, y *Ha-er-av*. Es conocida la facilidad con que la *h*, espirada, se convierte en s.

En los Damaras africanos, la divinidad suprema es *Omakuru*, (*Am-aj-ero?*) que vive allá lejos, hácia el Norte. El dios cielo y la lluvia suelen tener el mismo nombre en muchos pueblos. No es extraño, porque la lluvia, fecundante y creadora, lleva consigo envuelta la virtud del dios.

El dios del rayo en los Ossetas del Cáusaco se llama Ylia,=Er-ya. Hubo quien quiso ver en él un recuerdo de Elías, cuyo carro de fuego parece haber dado origen en algunos sitios al dios del rayo, y no faltó quien notase que la más alta montaña de los alrededores de Egina, consagrados á Zeus en otro tiempo, se llama hoy el monte de San Elías. Este nombre nos explica la razón; Elías es también un mito religioso personificado: *Er-iah*, un dios ó un espíritu de fuego.

Los Yorubas no atribuyen, en cambio, el rayo y el relámpago á su dios del cielo, Olorun, sino á dos divinidades inferiores Shanga y Dzakuta, el tirador de piedras, como llaman á este último, creyendo que fué él quien arrojó á la tierra las hachas de piedra que encuentran esparcidas por su territorio, procedentes de una época que han olvidado ya; la edad de piedra. Ol-or-un, el gran dios, no puede ser otra cosa que Erer-on, cambiando en l la primera r por evitar cacofonía.

Toda la nomenclatura religiosa salvaje gira alrededor de este tema primitivo er, cual si fuese el motivo de una sinfonía mística. Los dioses del mar conservan también esta reminiscencia del fuego, ya olvidada, pero con una significación más amplia, designando todo poder animador en cualquier elemento de la naturaleza. Así sucede con las divinidades marinas de la Polinesia Tuaraatai y Ruahatu que no pudieron menos de ser en el origen: At-av-evo-at, y Evo-ah-at.

El mito de Hiro, otro dios del mar, recuerda el de Neptuno. Hiro habita las profundidades del mar, en una caberna donde los mónstruos vienen á velar por él y á adormecerle. El dios del viento se aprovecha de su sueño para desencadenar una tempestad con la intención de destruir los bajeles en que navegan los amigos de Hiro. Este se despierta, avisado por un espíritu inferior, sube rápidamente á la superficie y apacigua las olas irritadas. No falta más que el «Quos ego». ¡Quién sabe si la leyenda clásica procederá

de un tiempo en que aryanos y polinesios, antes de ser razas distintas, vivieron juntos! Es lo probable.

De todos modos, *Hiro* es el *Ha-ero*, bien claro, y si tiene este origen el dios, bien puede tenerlo la leyenda. Hiro es el sol hundiéndose en el mar como Dionyso, y es, por su forma, el Helios griego.

Otros muchos nombres pudieran presentarse, tomados de los más verídicos datos etnográficos; pero como las reducciones, sujetas á la misma ley, ofrecen cierta monotonía, abandonamos á la sagacidad de los lectores estos y otros muchos que la tienen facilísima: Hantukayu, espíritus de Malaca; Ofanu, dios de la agricultura, en las islas de la Sociedad; Alo-Alo, dios del viento y de la producción (1), en Tonga; Heno, el dios trueno de los iroqueses que recorre los cielos sentado en las nubes, hiende los árboles con sus rayos y hace germinar las plantas; Pheebe-Yau, la Ceres de los karenos, vigilando siempre por el crecimiento y la madurez del grano. Taru, la diosa de los botocudos, representada en la luna que produce relámpagos y truenos y lleva su acción á las legumbres y á los frutos. Ra-Vula, la luna, diosa de los fidjianos; Rangi y Papa, el cielo y la tierra de los maoris, sus grandes dioses; Erigirers, el poderoso mal espíritu de los carolinos; Torngarsuk, el gran espíritu de los gröelandeses, (aumentativo de Torngar, espíritu), Dios Supremo y bienhechor con todos los atributos del verdadero Dios, hasta el punto que cuando oyeron á los misioneros cristianos, creyeron que querían hablarles de Torngarsuk, lo mismo que sucedió con el Atahocan de los algonquinos, que cuando el misionero Lejeune les hablaba de un criador todopoderoso del cielo y de la tierra, se

decían unos á otros: «Atahocan, sí, Atahocan, ese es Atahocan.»

Por fin, si se considera que el nombre general de Fetiche, entre los negros del Africa occidental, es Bosumbra, contracción exacta de Ba-jam-bero, sin más que el cambio de las vocales y de la aspirada en sibilante, y que los dioses de las Antillas se llamaban Cemi ó Kemi, suavizando el sonido, 7em-i, 7am-i, tendremos que en este cuadro general de dioses, adorados por los pueblos salvajes, se conservan admirablemente, tras un ligerísimo disfraz, las dos grandes onomatopeyas primitivas, designando siempre, (y esta coincidencia de adecuación es la mejor prueba) el poder creador y animador de la naturaleza ó parte de él, bien se le represente residiendo en el cielo, en la tierra, en el fondo del mar, en la cumbre de la montaña, en la luna, en el sol ó en el más ridículo fetiche. Todas es tas moradas le fueron asignadas después. Las tribus todas estuvieron presentes por sus antepasados á la primer imposición de nombres, que fué instintiva y sin darse cuenta de ella, repitiendo las onomatopeyas al observar los fenómenos del soplo ó de la respiración y el del hervor producido por el agua al fuego. Es cierto que estos nombres han sufrido en su mayor parte, de resultas de las relaciones y choques de las diferentes razas, alguna confusión, combinándose á veces ó mezclándose en un mismo nombre dos ó más, procedentes de distinta evolución, como puede observarse en estos de Malaca: Jin-Bhumi, que debe su formación á la palabra árabe Jin, demonio, y á la sanscrita Bhu-mi tierra, y Jewa-jewa, á la sanscrita Dewa; pero tienen en cambio aquellas tribus su Pirman, divinidad invisible que permanece por encima de las nubes, cuyo origen directo no puede ser otro que el bero y la espiración.

<sup>(1)</sup> Ale-a, grano en eúskaro.

El nombre del cielo ó de divinidad en general, entre los samoyedos, ofrece una complicación que pudiera parecer confusión á primera vista y no es más que reduplicación de las onomatopeyas primitivas: Jilibeambaertje, según Castren, y es un precioso ejemplar para nosotros. No parece sino que en el temor de llegar á olvidarlas, se repiten y agrupan, para que no se pierdan, las palabras sagradas. Refiriéndose á este nombre, cuenta Castren la anécdota de la mujer samoyeda que da una excelente idea del sentimiento religioso de estos pueblos: Tenía la costumbre de salir de su tienda, mañana y tarde, á hacer su oración, postrada ante el sol. «Cuando tú te levantas ó Filibeambaertje, me levanto yo, decía por la mañana;» «cuando tú te acuestas también me acuesto yo, le decía por la tarde.» Esta mujer se tenía por devota y se citaba ella misma como una prueba de que los samoyedos son gentes religiosas; pero, jay! solía añadir con aire pesaroso, hay todavía salvajes que no se acuerdan nunca de invocar á Dios!

El Creador preexistente, el Dios Supremo iroqués se llama Neo ó Hawaneu, ¡Qué parecido grande con el Nou egipcio y Anu y Nebu de los asirios! ¿Y no es más extraño encontrar entre los iroqueses, en el Norte de América, este nombre: Areskove, dios de la guerra, que no parece sino la unión de Ares y Jove, el dios de la guerra griego y él padre de los dioses romano? ¿No indica todo esto una relación prehistórica olvidada entre los más apartados pueblos?

Júzguese como se quiera, no daremos por terminado este capítulo sin exponer antes los siguientes extraños dogmas de la Polinesia que, con nuestro propósito, se relacionan.

En esta parte del mundo existe la creencia de una mansión occidental á donde van á parar las almas de los muertos. Es una especie de Amenti egipcio, que como es sabido, también significaba el Occidente. En ciertos sitios, esta mansión se llamó Reigna y en otros Bulotú, mansión subterránea que hace recordar á Pluton, porque, en efecto, contraida y acentuada fuertemente, su final se hace Blutum ó Pluton, partiendo siempre del origen ber. Los dioses infernales ó demonios que presiden aquí se llaman Wiro, Sveasiuleo, en las islas Samoas, y Hiculeo en las de Tonga.

Desde luégo se ve que Sveasiuleo es idéntico á Hiculeo y que, sólo á fuerza de tiempo, por el aislamiento de las islas, ha llegado á ser diferente en la apariencia. En efecto, si convertimos las dos sibilantes de Sveasiuleo, en su pristino estado de aspiradas ó guturales, tendremos Haveajiuleo; ahora bien, si se fortifica la gutural j, el diptongo inmediato iu se contrae espontáneamente en u, y nos quedará Haveaculeu, que en un principio pudo haber sido, Ha-ab-ha-ero, y posteriormente, pero en un centro antiquísimo todavía, pudo dar lugar al Javea eúskaro, el señor, el dueño, al Javeh, hebreo, y á la terminación tan común de Hércules, Mercurio, etc., que explicamos en otra ocasión. Que esto no pudo menos de ser así se prueba con su leyenda, que es una misma para los dos y que parece raíz de la de Prometeo.

Los dos habitan en el Bulutû, al Occidente, y tienen una inmensa cola que se prolonga por toda esta región para vigilarla. Hiculeo tenía costumbre de visitar las islas de Tonga y arrebatar los primogénitos de las familias para poblar su mansión. Tangaloa y Maui, compadecidos de los padres, se apoderan á su vez de Hiculeo y le encadenan, fijando un extremo de la cadena en el cielo y otro en la tierra. Hé aquí otro mártir gigantesco por querer hacer la dicha de los hombres sin permiso de los otros dioses, porque el

Bolutû, á donde los llevaba, era un lugar de delicias una isla bien aventurada. Tales parecidos de nombres y de hechos no parecen casuales ni fundados, como se ha supuesto, en la semejanza psiquica del hombre, porque las coincidencias son tantas como iremos viendo, y las adecuaciones entre nombres, significados y atributos, tan exactas y grandes, que no hay remedio sino deducir de todo ello un origen común; pero este origen común, entiéndase bien, no puede ser otro que el de la familia salvaje primitiva, rompiendo á hablar y haciendo aplicación á las cosas, de las interjeciones y onomatopeyas naturales.

Otra creencia, no menos digna de tenerse en cuenta, es la en que están casi todas las tribus de la América meridional, de que el ser más poderoso y que más se ocupa en hacer la dicha ó la desdicha de la especie humana, es el mal espíritu. Esta adoración del diablo es general, y supone un trastorno de la inteligencia que, sin embargo, se explica bien por la miseria en que viven ó pudieron haber vivido sus antepasados. Los hombres sencillos que no ven ni esperan de la naturaleza más que daño y castigo, prefieren creer que el mundo está gobernado por un ser maléfico, antes que negarlo, porque el hombre que tiene intimidad con la misma naturaleza y observa de cerca sus procedimientos admirables y terribles, no puede menos de tener por segura la existencia de su fuerza, de su inteligencia y de su poder, que en la mente salvaje se personifica, como todo.

Este malo, pero grande espíritu, se llama entre los macusis, *Epel* y *Horiuch*. Cualquiera de estos dos nombres recuerda bien su etimología; en *Epel*, sobre todo, se puede admirar la vida y persistencia de las palabras religiosas, aun en los más miserables medios y más expuestos al olvido y á la corrupción. Lo mismo

sucede con el dios malo de los yumanas, Vanüloa y Locozi, donde el ero primitivo, convertido en lo, forma siempre el núcleo de la palabra. Los kodiacos de la América del Norte tienen también este dualismo del bien y del mal; pero es probable que le hayan tomado del cristianismo. Su creador del cielo y de la tierra se llama Shljem-Shoa, cuyo nombre no es menos significativo: Ha-ev-jem, seguramente en su principio. Con el Meulen de Chile, buen espíritu amigo del hombre sucede lo mismo. Un dualismo rudimentario se nota todavía en las religiones indígenas del Africa, como en el antiguo Egipto. La lucha de Osiris y Typhon está representada por Zambi, el creador, y Zambi-ambi el destructor, en Loango, y por Ombwiri y Onyambe, entre los negros de Guinea. Las espiraciones naturales en unos, y la onomatopeya ber, en Om-bwir-i, están bien marcadas. En la leyenda iroquesa de los dos hermanos gemelos, que cualesquiera que hayan sido las modificaciones sufridas posteriormente no deja de tener, por más que se diga, un marcado sello de antigüedad, el nombre del buen espíritu es Enigorio. Esta levenda versa toda ella sobre la idea fundamental del dualismo, como la otra, cuya versión ha dado el padre Brebeuf, misionero entre los hurones en 1836, v que hace recordar la de Caín y Abel. Esta es la más interesante para nosotros. Hé aquí cómo la cuenta el P. Brebeuf: «Aataentsic, la luna, cayó del cielo sobre la tierra y parió dos hijos: Taouiscaron y Youskeha que cuando fueron grandes tuvieron una disputa. Los dos hermanos salieron á combatir con armas bien desiguales: Youskeha llevaba un asta de ciervo; Taouiscaron, algunas bayas de agabanzo, persuadido de que en cuanto pudiese tocar á su hermano con ellas, éste caería muerto á sus piés. Pero sucedió todo lo contrario, porque Youskeha le dió un golpe tan terrible en el